

LA CATEDRAL DEL MAR

Ildelfonso Falcones, 2006

Una fiesta bucólica, truncada por la irrupción del odioso señor feudal, da paso a la peripecia de un joven rebelde que busca en la ciudad refugio a la ira del noble. Este arranque aguanta siete capítulos narrados con pulcritud, aunque carentes de originalidad en su temática: *Guillermo Tell*, *Scaramouche*, *Braveheart*... Al llegar al capítulo octavo, las tribulaciones del joven rebelde ceden el protagonismo al trinomio “niño-huérfano, virgen-madre, sacerdote-bonachón”, que nos remite al cine milagrero de los años 50: *La Señora de Fátima*, *Marcelino pan y vino*..., con frases de este jaez: “A todos los niños que se quedan sin madre, como tú, Dios les da otra: la Virgen María. Ella te querrá y te mimará más que cualquier madre de las que ves” (93/94).”¹

Como se ve, en pleno siglo XXI el autor se mece entre el romanticismo neomedieval decimonónico y el ternurismo místico de la posguerra: “Todos los días, Arnau y Joanet iban a Santa María, entraban en la iglesia y se arrodillaban. Azuzado por su madre, Joanet había decidido aprender a rezar y repetía una y otra vez las oraciones que Arnau le enseñaba. El padre Albert los miraba con cariño” (109); “[Arnau] observó cómo los labios de la pequeña figura de piedra se curvaban en una sonrisa” (107).

Igual que la mayoría de escritores desde hace algunas décadas, Falcones imagina su relato proyectado en la gran pantalla y no renuncia a dotarlo de la mayor espectacularidad, aunque esto suponga caer en alguna contradicción. Por ejemplo, enfatiza la Barcelona de la libertad al tiempo que la muestra poblada de esclavos a los que su amo puede azotar hasta la muerte. O concilia, sin la menor crítica, la penuria del pueblo con la soberbia megalómana del maestro de obras: “Cuando terminemos su nueva iglesia, esta Virgen tendrá más luz que ninguna de las vírgenes del mundo y tendrá el templo más bello que nadie haya podido imaginar, con columnas y ábsides que llegarán hasta el cielo, donde debe estar la Virgen” (112). No cuesta imaginar una pantalla de cine llena de rostros sudorosos y esperanzados, realzados por una música grandilocuente y celestial: “Cómo miraban hacia la iglesia, cómo sonreían tras descargar las piedras” (113). “¡Seis mil kilos! Arnau sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta y se le erizaba todo el vello del cuerpo” (117). “Quienquiera que los observase podía ver en sus ojos un brillo diferente cuando miraban hacia la iglesia. ¡Ellos (Arnau y Joanet) también ayudaban a construirla!” (119). Juan de Orduña no habría filmado de un modo distinto la construcción del Valle de los Caídos.

¹ He leído muchos libros interesantes con una catedral en su título. Por ejemplo, *La catedral* de Blasco Ibáñez. Al reclamo de esta palabra, abrí *La catedral del mar*. Pocos minutos de lectura necesité para comprender que entre la novela de Blasco, escrita en 1903, y la de Falcones, escrita en nuestros días, hay la misma diferencia que entre una crónica moderna y una fábula medieval. O sea, entre la explicación histórica y la encomiástica milagrera. Sugiero echar un vistazo a este pequeño extracto: [La catedral](#). A pesar de esto, Falcones vende y Blasco no. ¡Miseria del editor oportunista y del lector de novedades!

Fiel a sus fuentes, el autor pasa de la exaltación religiosa a la militar: “–Barcelona no sólo se defiende si es necesario, sino que ataca a quien se atreve con nosotros. –El pequeño hablaba con vehemencia, señalando a soldados y pendones y mostrando su orgullo por la respuesta de todos ellos–. ¡Es fantástico!” (125). “Los dos niños observaban las espadas, las ballestas y las lanzas, se maravillaban de aquellos que llevaban armadura... Más de veinte macips, todos ellos imponentes y armados, los miraban” (127).

Falcones presenta la guerra, con sus muertes y mutilaciones, como algo deseable:

“¿Habrá guerra? –preguntó Arnau.

–No –contestó Ramón.

Arnau pareció decepcionado.

–Tal vez sí –trató de contentarlo otro de los prohombres.

Arnau ya se imaginaba empuñando una espada, subiendo por una escala o gritando victorioso sobre la almena del castillo de Creixell: «¿Quién osa oponerse al sacramental de Barcelona?»” (128).

Quizá Falcones cree que mirar las cosas a través de los ojos de un niño lo exime de cualquier comentario crítico sobre la esclavitud, los privilegios, la guerra... O que como la edad media fue una época sangrienta, es normal que un niño de entonces pensara como Arnau. Probablemente. Pero en los tiempos que corren, cualquier exaltación de la violencia y de las armas es, como poco, inoportuna. No es tanto lo que se cuenta como la manera de contarlo.

En cualquier caso, nunca hay que perder de vista la intención claramente política de la novela. Con párrafos como: “Los parroquianos de Santa María del Mar, ricos y pobres, unidos por la devoción a la Virgen...” (103), el autor trata de diluir las diferencias sociales para servirse del empuje popular en su enfrentamiento contra el poder establecido. Lo que leído en clave actual identifica la novela como una firme aportación a la premisa más elemental del separatismo catalán: la recreación de una historia propia, aunque sea a costa de la realidad y de la justicia con otros pueblos.

En resumen, un mensaje intolerable para los partidarios de la paz y la concordia. Un lenguaje infumable para los amantes de las cosas íntimas y cotidianas.

LEÍDO EN INTERNET

La Catedral del Mar

La catedral del mar es una discreta novela histórica. En varias ocasiones estuve tentado de dejarla, ya que el interés que despertaba su lectura era muy tibio, pero al final mi afán en acabar los libros que comienzo me ha impelido a leerlo del todo.

Si libros como este son éxitos en ventas, se debe principalmente a que en nuestro país se lee poco. Leer pocos libros lleva a pensar que éste que tenemos entre manos “es la bomba”, cuando es otra fotocopia más de miles de libros anteriores similares. Para la gente que lee un par de libros al año, la mayoría de las veces en verano, un libro de esta clase, de los denominados como “novela histórica”, que generan en el lector la ilusión de que aprenden historia, hacen de estos libros un pasatiempo estupendo.

En lo que respecta al libro como he dicho antes me ha dejado muy frío. En momentos puntuales, como el porteo de la piedra, por el joven Arnau, al cual Falcones quiere dotar de una aureola de heroicidad resulta descafeinada, parecido a lo que ocurre en su pasaje final. Parece que el autor ha metido el fuego de metralla al comienzo y fin de la obra, y el tramo intermedio resulta deslavazado y anodino, con unos personajes apocados, y episodios folletinescos de revolcones y amores no correspondidos.

www.devaneos.com/literatura/la-catedral-del-mar-critica-del-libro/

La Catedral del Mar o como reírse de la Historia de Aragón

Podríamos añadirla a la larga lista de novelas históricas que parecen tener un gran éxito de lectores en los últimos años. Sin embargo, el lector comprueba, una vez más, la necesidad ansiosa que parecen sentir diversos sectores catalanes por inventarse una historia de Cataluña –de nuevo una, grande y libre - a costa de la realidad de los hechos del pasado, invención que se hace a costa de otros pueblos con los que en el pasado compartió destino político, especialmente Aragón. Lo más sangrante de esta novela para los aragoneses no es lo que dice, sino lo que calla. El sufrido lector aragonés ya se empieza a temer lo peor cuando en la página 68 se dice que “Sicilia ya pertenecía a la corona desde tiempos de Pedro el Grande”. ¿A qué corona se refiere? ¿Por qué se oculta que se trata de la corona aragonesa?

En la página 276 se lee: “La obsesión del rey Pedro por reunificar los antiguos reinos catalanes que Jaime I el Conquistador dividió entre sus herederos”. ¿De qué antiguos reinos catalanes se está hablando?

<http://zaragozaciudad.net/aycarajo/2007/011801-la-catedral-del-mar-o-como-reirse-de-la-historia-de-aragon....php>

EXTRACTOS

“Poseemos estas tierras en enfiteusis (...) Ese derecho se llama intestia” (13).

“Bernat abandonó el castillo jurando contra la ley que les impedía tener horno de cocer pan en sus hogares..., y forja, y guarnicionería...” (15).

“Aquellas buenas tierras habían sido un día alodiales” (27).

“La muerte del conde Ramón Borrell en el año 1017 (...) los convirtió en siervos” (27).

“Los barones de Cataluña –los mismos que habían luchado codo con codo con los payeses [contra los sarracenos]–, seguras ya las fronteras del principado, aprovecharon el vacío de poder para extorsionar a los campesinos, matar a los que no cedían y obtener la propiedad de las tierras a cambio de permitir que sus antiguos dueños las cultivasen pagando al señor parte de sus frutos (...) Cuando los sucesivos condes de Barcelona quisieron volver a tomar las riendas del principado catalán tropezaron con una nobleza rica y poderosa, con la que tuvieron que pactar” (28). [Enumeración de los derechos que se atribuyeron los señores y la Iglesia]

“–Pero vos rezáis todos los días (...) –A la Virgen, hijo, a la Virgen. Nada tiene que ver Nuestra Señora con frailes y sacerdotes. En ella podemos seguir creyendo” (30).

“Barcelona [es] la gran esperanza de todos los siervos (...) Si se logra vivir en ella un año y un día sin ser detenido por el señor, se adquiere la carta de vecindad y se alcanza la libertad (44). Barcelona es muy rica. Durante muchos años, desde Jaime el Conquistador hasta Pedro el Grande, los reyes han solicitado dinero a la ciudad para sus guerras o para sus cortes (...) Los ciudadanos de Barcelona han concedido esos dineros, pero a cambio de privilegios especiales” (45).

“Bernat no pudo apartar la vista de la rodela roja y amarilla que cubría el pecho del anciano” (49) [Situación de los judíos en el siglo XI].

“La esclava mora que cuidaba de los hijos de Guiamona” (54).

“El oficial [alfarero] se presentó al amanecer en el dormitorio. Esclavos y aprendices saltaron de sus jergones como si hubiera entrado el demonio” (58) “maltratando a los esclavos, contra quienes no dudaba en utilizar el látigo cuando algo no era de su gusto” (59).

“Desde el inicio de su reinado, en el año 1291, Jaime II había tratado de imponerse a la oligarquía feudal catalana, para lo cual había buscado la ayuda de las ciudades libres, empezando por Barcelona (...) por eso cuando el Papa concedió a Jaime II los derechos de conquista de Cerdeña, Barcelona y sus ciudadanos financiaron aquella empresa” (68).

[Arnau ha conocido a Joanet, un niño de seis años cuya madre vive encerrada en un cuartucho. Ante las preguntas de Arnau sobre su madre, Bernat le responde que murió en el parto.] “–A todos los niños que se quedan sin madre, como tú, Dios les da otra: la Virgen María (...) Está en el cielo y en algunas iglesias, y le puedes hablar (...) en esas iglesias. Ella te contestará (...) y te querrá y te mimará más que cualquier madre de las que ves” (93/94).

[El capítulo 8 describe los afanes del niño por encontrar a su madre, pesquisas que lo llevan a la iglesia de Santa María de la Mar.] “Santa María de las Arenas (...) pasó a llamarse Santa María de la Mar, porque si bien la costa se alejó de ella no ocurrió lo mismo con la veneración de todos los hombres que vivían del mar” (102).

“La antigua iglesia románica a la que acudían los pescadores y demás gente de la mar a venerar a su patrona se quedó pequeña (...) Sin embargo, los esfuerzos económicos de la iglesia barcelonesa y de la realeza se dirigían exclusivamente a la reconstrucción de la catedral de la ciudad. Los parroquianos de Santa María de la Mar, ricos y pobres, unidos por la devoción a la Virgen, no desfallecieron ante la falta de apoyo y (...) solicitaron a las autoridades eclesiásticas el permiso para alzar lo que querían que fuera el mayor monumento a la Virgen María. Santa María de la Mar se empezó a construir por y para el pueblo” (103).

[El padre Albert lleva a Arnau y Joanet ante el altar de la Virgen; Arnau se dirige a ella como si fuera su madre.] “A través de la oscuridad (...) observó cómo los labios de la pequeña figura de piedra se curvaban en una sonrisa” (107).

“Todos los días Arnau y Joanet iban a Santa María, entraban en la iglesia y se arrodillaban. Azuzado por su madre, Joanet había decidido aprender a rezar y repetía una y otra vez las oraciones que Arnau le enseñaba (...) El padre Albert los miraba con cariño” (109).

[Berenguer de Montagut, maestro de obras, explica su proyecto a los niños.] “Cuando terminemos su nueva iglesia, esa Virgen tendrá más luz que ninguna de las vírgenes del mundo (...) y tendrá el templo más bello que nadie haya podido imaginar (...) con columnas y ábsides que llegarán hasta el cielo, donde debe estar la Virgen” (112). [Soberbia y mitología.]

[Descripción de los bastaixos.] “Cómo miraban hacia la iglesia (...) cómo sonreían tras descargar las piedras” (113).

[Descripción de la subida de la clave como una proeza] “¡Seis mil kilos! (...) Arnau sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta y se le erizaba todo el vello del cuerpo” (117).

“(Arnau y Joanet) no dejaron de acercarse a Santa María para observarla (...) Quienquiera que los observase podía ver en sus ojos un brillo diferente cuando miraban hacia la iglesia. ¡Ellos también ayudaban a construirla!” (119).

“Los dos niños (...) observaban las espadas, las ballestas y las lanzas, se maravillaban de aquellos que llevaban armadura (...) más de veinte macips, todos ellos imponentes y armados, los miraban. [Ramón explica a los niños la razón de la expedición: los habitantes de un pueblo de Tarragona han retenido un rebaño barcelonés.] –El ganado propiedad de los carniceros de Barcelona tiene privilegios de paso y pasto en toda Cataluña (...) Nuestros hijos tienen que comer la mejor carne del principado” (127).

“¿Habrà guerra? –preguntó Arnau.

-No –contestó Ramón-. El señor de Creixell no puede enfrentarse a nosotros. Arnau pareció decepcionado.

-Tal vez sí –trató de contentarlo otro de los prohombres.

Arnau ya se imaginaba empuñando una espada, subiendo por una escala o gritando victorioso sobre la almena del castillo de Creixell: «¿Quién osa oponerse al sacramental de Barcelona?» (128).

“La atractiva y siempre sorprendente Barcelona” (132).